

MALESTARES E IDENTIDADES: UNO Y LOS OTROS DE ALVARO QUESADA

Víctor Hugo Acuña Ortega*

Uno y los otros. Identidad y literatura en Costa Rica, 1890-1940 (Editorial Universidad de Costa Rica, 1998, 332 p.) es la más reciente estación de Alvaro Quesada Soto en su peregrinaje crítico por la literatura costarricense iniciado, hace ya casi tres lustros, con su libro *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910)*. Por esta razón hay que empezar diciendo que *Uno y los otros* es un experimento de reescritura porque su primera parte constituye una reelaboración de libros y artículos anteriores. Además, debemos reconocer que la obra preserva su *momentum* desde la primera hasta la última página, lo cual dice mucho de las proezas del análisis y de la escritura del autor ya que las obras literarias que analiza no tienen todas el mismo valor o interés.

Uno y los otros está cimentado conceptualmente en los trabajos del teórico ruso Mijaíl Bajtín y en las interpretaciones recientes del fenómeno de las naciones y el nacionalismo, dentro de la corriente actualmente dominante de los llamados “invencionistas” o modernistas. El corpus en estudio es la obra de tres promociones de escritores que se sitúan entre 1890 y 1940: la primera es la generación del

* Escuela de Historia CIHAC Universidad de Costa Rica.

Olimpo, la de Magón; la segunda es la generación del Repertorio Americano; y la tercera es la generación del “desencanto”, yo me permito llamarla así, donde surgen escritores-artistas como Francisco Amighetti y Max Jiménez y donde parece descollar la literatura de José Marín Cañas.

Literatura, nación y alienación

El problema central del libro gira en torno de la dificultad de esa literatura para imaginar la nación en nuestra etapa oligárquica y liberal ante la resistencia que opone la pluralidad de lo interno y la potencial alienación que representa la pretendida universalidad de lo externo. No es tan fácil ser “uno”, a la manera oligárquica, monológica diría Bajtin, cuando ahí están, aunque no queramos saberlo, los “otros”. Esta dificultad, de construir una imagen unitaria de nación en donde la materia prima interna es diversa étnica y socialmente y en donde el modelo cultural a seguir es importado, es propia de todos los países latinoamericanos. Si pensamos en Centroamérica, por ejemplo, se trata de inventar la nación con vecinos cercanos muy parecidos y con modelos lejanos muy diferentes. Además, el proyecto oligárquico de nación postula una noción muy restringida y restrictiva de ciudadanía, de la cual la mayor parte de la población es excluida. Así, no es tarea fácil intentar ser diferente del vecino cuando este se nos parece tanto, hacer comunidad con los de adentro cuando a estos se les teme en su eventual plenitud ciudadana, y cuando el modelo a seguir, el noratlántico, fascina, pero también espanta.

La literatura costarricense del periodo en estudio sería, según nos muestra Alvaro Quesada, una de las dimensiones o funciones del discurso oligárquico de nación. Las distintas promociones intentarán asumir y criticar ese discurso, pero ninguna, por lo menos hasta 1940 será capaz de superarlo o de elaborar frente a él una visión alternativa. A pesar de que de la primera a la tercera promoción, la conciencia crítica de los límites de la nación oligárquica se incrementa, dicha conciencia es incapaz de superar el horizonte que cuestiona y, al final, termina por someterse a su inexorabilidad. El universo económico-social de las tres promociones es el mundo de la agroexportación y de la república liberal. No hubo literatura colonial o de Antiguo Régimen en Costa Rica. Quizás, por esta razón en la primera y en la segunda promoción hay una nostalgia por una “edad de oro”.

Literatura, familias, individuos...

La literatura costarricense gasta buena parte de su esfuerzo intentando abordar las contradicciones que emergen entre individuos y familias en la elaboración de las identidades. El dilema plantea una difícil solución: alejarse de la familia es arriesgarse a perder identidad, pero quedarse dentro de ella significa aceptar no llegar a ser plenamente un individuo. Posiblemente, en Costa Rica los factores de conservación social y represión del mundo del individuo usualmente han sido tarea de la institución eclesiástica, por lo que el limitado desarrollo institucional, fueron más bien asumidos por la institución familiar.

La tercera generación expresa agudamente un sentimiento de aislamiento y hostilidad frente a un medio social filisteo y opresivo. Marín Cañas dejó de escribir literatura porque nadie le publicó su primera novela de Max Jiménez tuvo que ser sacada de circulación porque fue considerada ofensiva por las buenas almas costarricenses. Según Eugenia Zavaleta, aún a fines de los años 1920 los críticos de "arte" en Costa Rica preferían las copias de obras en las estampas, a las obras originales con temática basada en el entorno espacial y cultural.

En toda la obra de Alvaro Quesada, y el libro que comentamos no es excepción, encontramos, expresada en el dominio de la historia de la literatura, la misma tensión que atraviesa en el primer estudio de la historia de Costa Rica en general, una vez que se abandona de la "blancura" y la "democracia rural" no son ya más sostenibles "científica" ni ideológicamente. En la actualidad parecieran existir una visión optimista y una visión pesimista de nuestro pasado; mientras unos buscarían, detrás de la realidad risueña, mundos mejores; los otros verían que nuestra historia, sin ser tan idílica, es tan ingrata como la de otros países de América Latina.

Literatura, historia y sociedad

Los análisis de *Uno y los otros* tienen una gran capacidad de interpelación y lo obligan a uno a reflexionar sobre su propio hacer. Así, en mi condición de estudiante de la historia social de mi país y del istmo al cual pertenece, quisiera expresar algunas inquietudes que la obra me ha suscitado. En primer lugar, la falta de eficacia desigual de los instrumentos y mecanismos:

se utilizan para inventar o construir las naciones. En efecto, la literatura nacional del periodo oligárquico es nacional porque pretende discurrir sobre la nación, pero no es "nacional" en el sentido de que la nación de ella no se apropia: muchas de las obras fueron editadas en el extranjero y su venta y difusión fue muy limitada. En todo caso, pareciera ser que hasta 1940 la literatura no fue un instrumento importante en la construcción de un "nosotros" costarricense. Quizás fueron más eficaces, formulo la hipótesis, los cantos escolares y los ceremoniales cívicos.

La cuestión de la eficacia desigual de los distintos instrumentos de invención nacional me remite al problema del escritor como sujeto social, o en términos más generales a los efectos sociales de la creación literaria. De esta manera, me pregunto si la generación del *Repertorio Americano* no expresaría, en el plano de la creación literaria, la emergencia de los sectores medios en la sociedad costarricense. Alvaro Quesada señala que en la conchería *La firmita* de Aquileo Echeverría, representante de la promoción anterior, se nos presenta una sociedad de dos órdenes o clases, los levudos y los descalzos.

Quizás, los escritores de la segunda promoción experimenten y expresen las dificultades y las aspiraciones de esa clase media en ciernes. Sin embargo, en esta fase el oficio de escribir es una actividad no profesional; quizás por eso la literatura manifiesta una cierta alienación del escritor con su sociedad y de esta con aquel. La clase media en formación sería la emisaria de una nueva idea de individuo, o si se prefiere de la idea moderna de individuo cuya primera tarea consiste en ser tal, frente a cualquier fuerza gregaria, y, en particular, frente a la familia. La nueva idea de individuo también viene a poner en entredicho las relaciones de género predominantes.

Literatura , desencanto y sociedad civil

Aquí surge una cuestión de mucho interés. En efecto, se podría afirmar que en la década de 1920 emerge una moderna sociedad civil en Costa Rica, la cual se manifiesta en la formación de espacios públicos y formas de sociabilidad propiamente seculares. El fenómeno de los clubes y las asociaciones es particularmente importante, mientras que el periodismo asume un nuevo rol en la vida social y se difunden nuevas formas de comunicación de masas, como la radio y el cine. Además, en esta década se inicia la visibilización social y política de la mujer en Costa Rica; por ejemplo, la Liga

Feminista de Angela Acuña se funda en 1923 y las maestras adquieren gran protagonismo.

En mi opinión, a diferencia de la literatura que parece expresar desencanto, los nuevos sujetos sociales de los años 1920 son optimistas y creen en la perfectibilidad de la sociedad costarricense, creencia que alcanzará un punto máximo en la década siguiente en la ideología del llamado comunismo criollo o comunismo "a la tica". Manuel Mora, pensaba que su tarea consistía en venir a completar la obra del liberalismo.

En este sentido, me gustaría entender por qué la literatura no se contagia de ese optimismo. ¿Será acaso porque el país es demasiado filisteo, será acaso porque los escritores no saben qué hacer con su escritura en el contexto de esos cambios? ¿Será acaso porque carecen de la fuerza de contestación y de invención para proponer la nueva imagen de la nación que estos nuevos sujetos estarían necesitando? Parecería como si su creación intelectual aunque intenta producir la nación no es capaz de convocarla. La soledad del escritor costarricense es inmensa, nada que ver con la popularidad y el mito que en Nicaragua ya en esa época rodean a Rubén Darío.

Pensando en el presente, me pregunto que si no existiera el mercado cautivo, (no necesariamente cautivado), creado por los programas del Ministerio de Educación Pública, tal vez los literatos costarricenses tendrían muy pocos lectores. Así, parece relevante formular la siguiente interrogación: ¿a partir de cuando la nación costarricense se decidió a leer "literatura nacional"?

En suma, este libro es una contribución capital no meramente para la comprensión de la historia literaria costarricense, sino para la formulación de múltiples preguntas sobre la totalidad de nuestro desarrollo histórico. Pero es también un libro para el presente que nos interroga sobre cuál debe ser la forma de la identidad nacional costarricense en el siglo que se avecina y que nos pone alertas frente a los aires filisteos imperantes y frente a los "travestimientos" de la cultura en esta época de consumo global de masas.